

¿GEOHISTORIA O GEOFICCIÓN? CIUDADES VULNERABLES Y JUSTICIA ESPACIAL *

ALAIN MUSSET**

Recibido: 9 de septiembre de 2009

Aprobado: 11 de octubre de 2009

Reseña

* Libro editado por la Universidad de Antioquia, Medellín, 2009. El fragmento es una adaptación de la introducción del libro.

** Alain Musset es doctor en Geografía y director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Ha sido alumno de la Escuela Normal Superior (ENS, París) y miembro del Instituto Universitario de Francia (IUF). Dedicó sus investigaciones al estudio de las ciudades latinoamericanas y de las relaciones entre cultura, sociedad y medio ambiente. Entre sus obras más recientes se encuentran: *Hombres nuevos en otro mundo. La Nicaragua del 80 en los diarios de la Cruzada Nacional de Alfabetización*, Managua, IHNCA-UCA, 2007; *Géopolitique des Amériques*, París, Nathan, 2006; *De New York à Coruscant, essai de géo-fiction*, París, Presses Universitaires de France, 2005.

Esta obra publicada con el auspicio de la Escuela del Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín) y de la Editorial Universidad de Antioquia es, a propósito, provocativa, tanto en su título como en su contenido. En su título, en primer lugar, puesto que establece una relación intelectual entre una disciplina diseñada hace casi sesenta años por uno de los historiadores franceses más famosos del siglo xx, Fernand Braudel, y un juego de palabras que inventó el autor en 2005 con el fin de definir un libro de geografía social dedicado a una ciudad de ciencia ficción: Coruscant, la capital planetaria de la República y del Imperio Galáctico en la saga *Star Wars* (Musset, 2005). En su contenido también, ya que mediante el análisis de ciudades reales o imaginarias, el profesor Musset experimenta las herramientas y los métodos de investigación de la geografía cultural y la sociología urbana sin establecer entre los objetos de estudio ninguna preferencia, ninguna jerarquía, ninguna distinción de índole científico o académico, al fin y al cabo, sin ningún prejuicio.

El propósito de esta publicación es, pues, poner de manifiesto que para estudiar temas de actualidad, como son la vulnerabilidad urbana y la justicia espacial, las ciencias sociales pueden y deben sobrepasar las fronteras universitarias que encierran la investigación en su torre de marfil y la condenan a reproducir no solamente los mismos tipos de investigación, sino, muy a menudo, los mismos esquemas explicativos. En este sentido, tanto para el geógrafo como para el sociólogo, el estudio de organizaciones sociales imaginarias no es menos interesante que el análisis de configuraciones territoriales del pasado o del presente. Si se quiere estudiar al mismo tiempo México y la *Metrópolis* de Fritz Lang en una perspectiva comparativa que enriquece nuestra comprensión de las sociedades modernas, se puede reivindicar abiertamente la herencia de la geohistoria para poner en práctica los nuevos paradigmas de la geoficción.

Tiempo y espacio: una relación dialéctica

De hecho, la geohistoria de Braudel tuvo mucha influencia en los primeros trabajos de investigación del autor, dedicados inicialmente al estudio de las representaciones del espacio en los códices prehispánicos, luego al análisis de los conflictos para el control del agua en el valle de México. Y es que, durante mucho tiempo, los historiadores han considerado la geografía como un marco “natural” casi inmutable en el cual se inscribían las acciones de los hombres, tal como lo decía Malte-Brun a principios del siglo xix, en su *Précis de la Géographie Universelle*:

¿No será la geografía la hermana y el émulo de la historia? Si una está reinando sobre los siglos, ¿no abrazará la otra todos los lugares? Si una tiene el poder de resucitar las generaciones pasadas, ¿la otra no podrá fijar, sobre una imagen inmóvil, los cuadros movientes de la historia, dibujando en la mente este teatro eternal de nuestras cortas miserias, esta extensa escena, tapizadas de los escombros de tantos imperios, y esta inmutable naturaleza, que siempre está reparando, con sus buenas acciones, los estragos de nuestras discordias? (Malte-Brun, 1831: 2).

Es así como, de manera tradicional, la geografía se caracterizaba, supuestamente, por la inmovilidad y la historia por el movimiento. Fue necesario esperar a Fernand Braudel para que cambiara la mirada de los historiadores sobre la geografía. La primera parte de su tesis llevaba como título “La parte del medio natural”, pero esta geografía, considerada más bien como un “tiempo geográfico”, representaba una ruptura con:

[...] las tradicionales introducciones geográficas a la historia, colocadas de manera inútil al umbral de tantos libros, con sus paisajes minerales, sus labores y sus flores que se enseñan rápidamente, sin volver a verlos, como si las flores no volvieran cada primavera, como si las manadas se pararan en su camino, como si los barcos no tuvieran que navegar sobre un mar real, que cambia con las estaciones del año. (Braudel, 1990: 16).

Este trabajo pionero que quería devolverle toda su importancia a la relación dialéctica entre tiempo y espacio influyó mucho sobre la visión de varios geógrafos que asumieron la herencia geográfica del historiador Fernand Braudel, tales como Jean-René Trochet cuando escribe:

En la medida que la geografía histórica se da un método para estudiar el espacio en la larga duración sin perder la relación entre territorios, modos de vida, formas de organización de las comunidades humanas, esta ciencia abarca un horizonte muy amplio, incluyendo, como trataremos de enseñarlo, la explicación de los acontecimientos contemporáneos. (Trochet, 1998: 8).

En los trabajos del autor relacionados con el control del agua en la cuenca de México, pone de manifiesto que, a pesar de transformaciones recientes y a veces brutales, el espacio obedece a ciclos largos, escondidos detrás de ciclos más cortos, que influyen directamente sobre la organización actual de los territorios (Musset, 1992). En este sentido, la geohistoria (o la geografía de

larga duración) permite identificar los elementos fundamentales del “tiempo geográfico” (tal como lo definía Braudel), que sirve no sólo de marco, sino también de hilo conductor al “tiempo social” (el de los pueblos y Estados) y al tiempo individual (el de los hombres que conforman las sociedades). En esta perspectiva metodológica, se trataba de entender la organización de los territorios en el transcurso de la historia, haciendo hincapié en los momentos de crisis que revelan la vulnerabilidad y las fallas internas de la sociedad, causan rupturas, favorecen la expresión territorial de las injusticias sociales, transforman las relaciones entre la ciudad y su ambiente.

De la misma manera, la segunda investigación de Musset (el estudio del traslado de las ciudades en la América hispánica) comienza con la fundación de La Isabela (República Dominicana) por Cristóbal Colón y se cierra con los desplazamientos de San Juan Parangaricutiro (Michoacán, México), sepultado en 1944 por la lava del volcán Parícutín, y de Pelileo (Ecuador) destruido en 1949 por un terremoto desolador (Musset, 2002). El traslado de las ciudades ocupa, pues, un lugar fundamental, pero aún poco y mal estudiado, en los procesos de construcción del espacio hispanoamericano. Si bien caracteriza al primer siglo de la Conquista, que es por definición el tiempo de los errores y los errares, no fue interrumpido por la consolidación territorial del imperio español durante el siglo XVII, ni por la fractura de las independencias a partir de 1820. Estudiar el traslado de las ciudades en América no sólo permite interrogarse sobre las concepciones urbanas de los fundadores, sino también reflexionar acerca de las formas y las funciones de esos asentamientos y comprender mejor las relaciones, en ocasiones conflictivas, que oponían a los ciudadanos con su entorno, a la vez mal comprendido y mal aceptado. Tal acercamiento hace hincapié en las contradicciones internas de la sociedad colonial, ya que la decisión del traslado no era siempre fácil de tomar: ella era la manifestación de las posturas de poder y dinero que debilitaban a las poblaciones urbanas con intereses divergentes, aumentando su grado de vulnerabilidad frente a riesgos supuestamente “naturales”. En fin, el traslado, así como la reconstrucción de una ciudad, daba a sus vecinos la oportunidad de corregir los errores posibles de una primera fundación y pensar de nuevo tanto el lugar de asentamiento como el espacio urbano y su organización social.

Con el mismo enfoque metodológico (geografía de la larga duración), el autor emprende, a continuación, la tarea de trabajar sobre las divisiones sociales y espaciales que hoy todavía organizan los territorios urbanos de León (Nicaragua). De hecho, en las ciudades del Nuevo Mundo, los conquistadores españoles intentaron establecer fronteras tanto físicas como políticas o simbólicas entre las poblaciones indígenas y las poblaciones

de origen europeo. Sin embargo, la distancia social (o racial) no excluía la proximidad espacial, a diferentes escalas (la casa, el barrio, el centro urbano y sus periferias). En este contexto, el caso de León es particular ya que la pareja conformada por la ciudad española y la comunidad indígena de Sutiaba es una consecuencia del traslado de la capital provincial hacia tierras juzgadas menos expuestas al riesgo sísmico (1610-1611). Desde aquel entonces, las relaciones interétnicas no pararon de ser difíciles. La anexión de las tierras de San Juan Bautista Sutiaba por el municipio “español” en 1902, no contribuyó a reducir las diferencias entre ambas comunidades, sino todo lo contrario. La fractura social y étnica que opone la antigua ciudad colonial (al Este) y el barrio indígena (al Oeste) sigue siendo muy fuerte. Tiene un impacto tanto en los paisajes urbanos como en las prácticas sociales de los habitantes y juega un papel fundamental en el sentimiento de injusticia que comparten muchos habitantes de las zonas más marginadas de la ciudad. La relación territorio-identidad-ciudadanía es aquí un tanto más fuerte porque el Consejo de Ancianos de Sutiaba se presenta a la vez como el garante de la tradición comunitaria indígena y como una alternativa política al municipio oficial.

Entre ciencias sociales y ciencia ficción

Al mismo tiempo que el profesor Musset trabajaba sobre ciudades latinoamericanas “reales”, nota, al leer novelas de ciencia ficción (escogidas al principio para descansar), que sus escritores tenían en realidad un objetivo muy parecido al suyo cuando describían sociedades futuras o muy lejanas que trataban de superar problemas políticos y sociales idénticos a los nuestros –en particular en relación con la vulnerabilidad urbana y la justicia espacial–. ¿La ciencia ficción podría ser también considerada como una ciencia social? La cuestión es, por supuesto, provocante ya que, *a priori*, la obra de imaginación (y peor aún, la que inventa mundos imaginarios) no puede servir como base a una investigación seria. Sin embargo, a pesar de las reticencias institucionales vinculadas al paso (o a la transgresión) de las fronteras universitarias, no está prohibido que la historia o a la sociología política utilicen como objeto y como herramienta de análisis relatos como *Los estados e imperios del Sol y de la Luna*, de Cyrano de Bergerac o *Los viajes de Gulliver en países lejanos*, de Jonathan Swift, con el fin de entender mejor la evolución de las ideas sobre el Estado, la religión y la ciudadanía en los siglos xvii y xviii. De la misma manera, el estudio de los textos literarios, de la pintura y del cine ya no son propiedad exclusiva de disciplinas como el “estudio de las civilizaciones” o la historia del arte: estos territorios están ahora completamente abiertos a la historia económica y social, a la geografía y a todas las corrientes de la sociología o de la antropología.¹

¹ En Francia, esta evolución debe mucho a los trabajos pioneros de Marc Ferro sobre las actualidades cinematográficas. Por supuesto, la lista de las disciplinas involucradas en este proceso queda abierta.

Por otra parte, la interpenetración de las disciplinas no es un fenómeno nuevo, sobre todo en los países anglosajones que tienen a menudo menos respeto (o menos temor) para los campos reservados del mundo académico. Uno de los espíritus más inventivos de la sociología británica, Richard Hoggart, era profesor de Literatura de la Universidad de Birmingham. En su investigación sobre el estilo de vida de las clases populares en Inglaterra, no dudó en usar un sinfín de referencias literarias para apoyar o ilustrar sus estudios empíricos: Shakespeare, T. S. Eliot, Graham Greene, Charles Dickens, Thomas Hardy, Daniel Defoë, D. H. Lawrence, Thackeray, Somerset Maugham o Virginia Woolf... Analizando las prácticas culturales de las poblaciones trabajadoras que conocía por dentro, porque había nacido en una familia obrera, destacó el papel jugado en este mundo por las historietas y por las novelas de ciencia ficción. Observó, al paso, que hasta ciertas revistas para intelectuales consideraban este género como "serio". De manera irónica, se concedió incluso la libertad de hacer un poco de *sociología-ficción*, al imaginar el futuro próximo de los trabajadores ingleses, trabajando ocho horas al día en sus líneas de montaje de televisores para pasar el resto de su tiempo en casa, frente a su propia pantalla (Hoggart, 1998: 241). Cuando mencionaba lo que podía representar el futuro para estas poblaciones nutridas con pobre literatura, hacía referencia a los grandes estereotipos de los relatos de anticipación: "*Se imagina después un futuro indeterminado que deja entrever unos rascacielos, alumbrados con lámparas de neón y naves interplanetarias*" (Ibíd.: 244).

Al escribir *Beyond Blade Runner: Urban Control, The Ecology of Fear* (1992), cuyo título es una referencia directa a la película de Ridley Scott (1982), Mike Davis no dudó en cruzar ciencia ficción y ciencias sociales para estudiar tanto la temática del encerramiento de los grupos sociales privilegiados, como la relación ambigua que los habitantes de Los Ángeles desarrollaron con su propia realidad –en particular en el Capítulo 7, titulado "Universos paralelos" (*Parallel Universes*)–:

La ciudad contemporánea se simula o se alucina a sí misma en por lo menos dos sentidos fundamentales. Primero, en la época de la cultura y economía electrónicas, la ciudad se desdobra por medio de la arquitectura compleja de sus redes de información y medios de comunicación [...] Segundo, la fantasía social es cada vez más materializada en paisajes simulados –parques temáticos, distritos "históricos", plazas comerciales–, separados del resto de la metrópolis. (Mike, 1992).

En este breve ensayo, el famoso y controvertido autor de *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles* toma como referencia a varios autores

de ciencia ficción, tal como Philip K. Dick² o William Gibson,³ para poner en tela de juicio los mecanismos socioeconómicos que amenazan el futuro de nuestras sociedades urbanas al aumentar su grado de vulnerabilidad.

Pero, al revés, varios autores de ciencia ficción buscan un acercamiento con las ciencias sociales para justificar su punto de vista (generalmente pesimista) sobre las sociedades del futuro. Tal es el caso de Isaac Asimov en el ciclo de *Fundación*, cuando nos explica la teoría planteada por el matemático Hari Seldon para tratar de modelizar el destino de la humanidad. Como lo dice el inventor de la *psicohistoria* a su colega Dors Venabili: “*Mi campo de estudios privilegiado es el análisis matemático de las estructuras sociales*” (Asimov: 1999: 71). Y para llevar a cabo su proyecto estadístico al nivel global, Seldon necesita los aportes tanto de historiadores como de sociólogos que pueden explicarle por qué los seres humanos no actúan siempre de forma lógica. De manera diferente, pero según el mismo enfoque, uno de los héroes de *Tomorrow's Parties*, de William Gibson (cuya obra es citada por Mike Davis en *Beyond Blade Runner: Urban Control, The Ecology of Fear*) no es sino un estudiante de sociología que investiga sobre las poblaciones marginadas de Tokio (Gibson, 2005: 6). Otra figura destacada de la novela, la joven Tessa, es una estudiante de “ciencias mediáticas” que recibió una beca para llevar a cabo una encuesta sobre las “comunidades intersticiales”⁴ de San Francisco, en particular las familias que edificaron sus casuchas en la calzada y las torres del Golden Gate Bridge. En *The World Inside*, de Robert Silverberg, Nicanor Gortman es un *sociocomputer* del planeta Venus que viene a observar los modos de vida de los humanos confinados en sus gigantescas monadas urbanas (Silverberg, 2000: 17). Su nombre es una referencia indirecta al geógrafo francés Jean Gottman que bautizó “megalópolis” a la gran región urbana del litoral atlántico de Estados Unidos, entre Boston y Washington (Gottmann, 1961). No es de casualidad que la “constelación urbana” visitada por Gortman se llama “Chipitts”: tal era también el nombre dado por Gottmann a otra megalópolis en formación localizada al Sur de los grandes lagos norteamericanos, entre Chicago y Pittsburg.

Es, pues, en referencia a la *sociología-ficción* de Hoggart que el autor de *¿Geohistoria o geoficción? Ciudades vulnerables y justicia espacial* forja el término de “geoficción” con el fin de caracterizar trabajos de geografía que toman como objeto de estudio territorios imaginarios, en particular en las obras de ciencia ficción. En efecto, con el pretexto de describir mundos imaginarios,

² Philip K. Dick es el autor de *Do Androids Dream of Electric Sheep?*, novela que inspiró a Ridley Scott para rodar *Blade Runner*.

³ William Gibson es uno de los padres de la corriente de ciencia ficción llamada “cyberpunk”, en la cual la realidad cotidiana se mezcla con los laberintos virtuales del ciberespacio.

⁴ Para las “comunidades intersticiales” ver Gibson (2005: Capítulo 5).

las novelas, películas y tiras cómicas cuya acción se desarrolla “en otra parte” o en “otro tiempo” ponen en tela de juicio situaciones que conforman nuestro universo diario. El estudio del punto de vista de la ciencia ficción sobre los problemas sociales y políticos contemporáneos, y hasta sobre temas más específicos como la crisis ecológica mundial o la quiebra del urbanismo moderno y posmoderno, nos brinda la oportunidad de analizar de otra manera las disfunciones de las sociedades que le sirven de modelo.

Ahora bien, con el propósito de llevar a cabo su empresa, cineastas y novelistas de ciencia ficción suelen utilizar los conceptos experimentados por la comunidad científica y difundidos (o deformados) por los medios de comunicación más importantes, en particular la televisión. Éste es, por ejemplo, el caso de *Suburbio 13 (Banlieue 13)*, película policial de anticipación realizada por Pierre Morel y producida por Luc Besson, autor del famoso *Quinto elemento*. Al basarse en procesos socioeconómicos ya en obra y presentados como una verdadera amenaza para nuestras sociedades (la formación de guetos en los barrios más pobres y el auge descontrolado de las injusticias sociales), *Suburbio 13* imagina el porvenir de nuestras ciudades trastornadas por la violencia de los *streetgangs* y pandillas, arruinadas por la economía subterránea y el narcotráfico, descuartizadas por los conflictos intercomunitarios. La explosión de violencia que azotó los suburbios franceses en octubre de 2005 estaba anunciada ya en las pantallas de cine, tal como parecía inscrita en la música de los raperos, cuyos textos despreciados por las autoridades políticas se volvieron finalmente premonitorios. Es así como el grupo *Suprême NTM*⁵ (*Nick Ta Mère –Chinga tu madre*, en español–), lanzaba en 1995 una advertencia que se ponía, conscientemente o no, bajo la autoridad de H. G. Wells:

Pero sabéis que eso va a terminar mal, todo eso / La Guerra de los Mundos la quisieron, aquí está / Pero qué es lo que, pero qué es lo que esperamos para poner fuego / Pero qué es lo que esperamos para no seguir ya las reglas del juego.⁶

Una geografía de las representaciones

Esta postura metodológica permite reconsiderar la cuestión del trabajo sobre las representaciones que debe efectuar todo investigador en el campo de las ciencias sociales. Si el propósito último de una investigación científica es retorcer el pescuezo a las representaciones que alteran la imagen de la

⁵ Grupo de raperos violentos, originario del departamento 93 (Seine Saint-Denis), en la periferia de París.

⁶ “Qu’est-ce qu’on Attend”, álbum *Paris sous les Bombes*.

realidad, trabajar sobre una ciudad de ficción es aparentemente una estafa. Puesto que la ciudad estudiada no existe, ninguna herramienta podrá suprimir la distancia que se establece entre el observador y su objeto: el tiempo para el historiador, el espacio para el geógrafo o la cultura para el antropólogo (sabiendo que el tiempo, el espacio y la cultura no son el campo reservado de cada disciplina). Con todo, aunque se elige un “verdadero” terreno, ¿a qué “realidad”, la investigación puede pretender? En otras palabras, ¿podrá ser rebasada la distancia espacial, temporal o cultural que separa al observador del observado, o siquiera debe serlo?

Es así como en sus trabajos sobre las ciudades en la Francia moderna, Bernard Lepetit sacó a la luz la necesidad, para el historiador, de compartir el punto de vista de los contemporáneos para tratar de entender esquemas de representación que ya no son nuestros porque obedecen a categorías que evolucionaron en el tiempo (Lepetit, 1988). Sin embargo, puso de manifiesto que era inútil buscar una adecuación perfecta entre el análisis histórico y su objeto, evocando a la vez el cuadro famoso de Magritte que declara “esto no es una pipa” (y con razón, puesto que sólo se trata de la representación de una pipa), y la paradoja de Zenón, cuya flecha teórica nunca alcanzará su blanco porque debe pasar por todos los puntos de una línea derecha compuesta por un número infinito de puntos (Lepetit, 1988b: 10). Con otras palabras James Luceno expresa las mismas ideas cuando, en una novela de la saga *Star Wars*, recuerda una lección dada por el maestro Nat-Sem a su *padawan* (alumno) Roan Shryne. Para enseñarle que la percepción de las cosas no es la realidad de las mismas, el Jedi le fuerza a quedarse una semana frente a un espejo: “Él quería que entendiera que lo que veía no era lo que era en realidad, tal como el mapa de un lugar no podía ser considerado como el territorio en sí” (Luceno, 2006: 131). Como decía a este respecto André Bailly: “El estudio de las representaciones espaciales nos interroga pues sobre las modalidades de aprehensión del mundo y el estatuto de la realidad, es decir, el problema de la adecuación entre la realidad, lo que percibimos y nuestros discursos sobre la realidad” (Bailly, 1995: 372).

Por lo que se refiere a la ciudad y al mundo urbano, el investigador ya no puede pretender describir la realidad, ni limitarse a presentar de manera objetiva la complejidad de los filtros que le prohíben alcanzar esta realidad. Al reconocer sus propios límites, fija los límites de su objeto. Es su mirada y su método que lo transforma en tema, es decir en problema. Para las ciencias sociales ningún objeto es *a priori* más legítimo que otro: es la cuestión planteada que le da un sentido. Por consiguiente, no importa que la ciudad sea real o imaginaria, siempre y cuando la investigación permita poner en tela de juicio nuestras herramientas de análisis e iniciar una reflexión sobre nuestras civilizaciones. Según la fórmula consagrada, aunque no existan

tanto la Metrópolis de Fritz Lang como la Coruscant de George Lucas o la Angosta de Héctor Abad Faciolince, son laboratorios perfectos para estudiar y entender los procesos socioeconómicos y políticos que afectan hoy en día nuestras ciudades globales.

El paso (o el diálogo) entre geohistoria y geoficción permite, pues, plantear claramente el problema de la representación en las ciencias sociales, es decir, la relación entre el signo y la cosa, entre el objeto y el sujeto, como lo hacía ya Jean-Jacques Rousseau en el *Emilio o de la Educación*. En efecto, al querer educar a los niños por medio de un conocimiento empírico del mundo, el filósofo de las luces pretendía suprimir la distancia establecida por la sociedad entre el objeto en sí y la idea que tenemos de él: *“Aprendéisle pues en primer lugar lo que son las cosas en ellas mismas, y le enseñaréis después lo que son a nuestros ojos; por ello sabrá comparar la opinión a la verdad”* (Rousseau, 1969: 458). De cierta forma, Bernard Lepetit se acercaba a esta propuesta metodológica cuando, al evocar su trabajo de historiador deseoso de delimitar una realidad inaccesible, declaraba trabajar en primer lugar sobre los hechos, luego sobre los discursos:

En mi tentativa de demostración, el análisis de las representaciones no viene en primera sino en segunda fila. Sólo pasé de las cosas a las palabras después de que un análisis cuantitativo basado en los censos de población me permitió establecer la estabilidad dominante de los niveles regionales de urbanización. (Lepetit, 1988b: 15).

Pasar de la cosa a la palabra y de la palabra a la cosa: es todo el problema de la construcción cultural de un objeto. Ahora bien, para Rousseau, toda mediación entre la realidad y el receptor falsea el juego de la percepción y el conocimiento. De manera paradójica para un escritor prolífico, no dudó en condenar el principal medio de comunicación de su tiempo, el libro, so pretexto de que sólo transmite una imagen estereotipada del mundo, una imagen portadora de una ideología a la cual el lector debe someterse: *“Odio los libros: solo nos enseñan a hablar de lo que no sabemos”* (Rousseau, 1969: 347). Esta posición radical lo empujó a rechazar (al menos teóricamente) toda forma de mediación, toda técnica de representación (por ejemplo, los mapas topográficos) puesto que *“sin la idea de las cosas representadas, los signos representantes no son nada”* (*Ibíd.*: 347). Pero, ¿cuándo el objeto representado no existe?, ¿cuándo no es sino pura representación, signo y sólo signo?, ¿de qué está hecha la imagen? De una realidad finalmente tan abstracta para el receptor como aquella que transmite cualquier medio de comunicación para cualquier lugar del mundo del cual no se conoce nada, salvo imágenes.

De hecho, ¿para quién existe “realmente”, por ejemplo, la ciudad de Medellín? Para la gran mayoría de los habitantes de nuestro planeta, la capital del departamento de Antioquia no es sino una imagen, una representación que se basa en documentales televisivos ya pasados de moda sobre la violencia y el narcotráfico, en películas extranjeras (*La virgen de los sicarios*⁷) y hasta en historietas como la serie *Cuervos*, de Marazano y Durand, publicada en Francia por la editorial Glénat. Si fuera necesario limitarse a la experiencia concreta de las cosas para deducir su existencia, sólo los habitantes de Medellín estarían *a priori* habilitados para hablar de su ciudad. Pero, ¿con qué medios técnicos, qué método y qué legitimidad? ¿Y de qué ciudad hablarían? De las partes que conocen y que suelen recorrer –y no de los barrios que les dan miedo o cuyo acceso les queda prohibido–. De hecho, la Medellín de un residente de El Poblado no es la misma que la de una familia de refugiados que construyó su tugurio en el barrio 13 de Noviembre, en una zona calificada de “alto riesgo” por la administración municipal. Al seguir el mismo modelo, la Angosta sórdida de la joven Virginia, que siempre ha vivido en los bajos fondos miserables de la gigantesca metrópolis colombiana inventada por Héctor Abad Faciolince, no tiene nada que ver con la ciudad de Lina, criada desde su nacimiento entre los jardines encantadores, las casas lujosas y los cuerpos de seguridad del “Sektor F”, bautizado “Paradiso” por sus habitantes.

Sin caer en los excesos de un relativismo universal que conduce a poner en duda toda forma de construcción científica de los objetos sociales, es imprescindible ubicar estos en su contexto cultural, en particular por parte del observador que sólo puede ver lo que aprendió a ver, de ahí la imposibilidad de ver sin saber puesto que, como lo decía Rousseau: “Ejercer los sentidos no es sólo usarlos, sino más bien aprender a juzgar por medio de ellos, es aprender, mejor dicho, a sentir; porque no sabemos tocar, ver o entender sino como lo hemos aprendido” (Rousseau, 1969: 380). Esta es la razón por la que, en su *Enciclopedia de geografía*, Antoine Bailly señala que hoy en día hay un consenso en las ciencias sociales para afirmar que todos los objetos son significantes portadores de significados y que es fundamental en este campo reconocer los aportes de la psicología cognitiva. Para evitar los contrasentidos o las interpretaciones erróneas, es esencial definir y analizar la diversidad psicológica y social de nuestras representaciones espaciales –lo que permite, por ejemplo, explicar la escala de valores aplicados a distintos tipos de paisajes (la montaña, el bosque, el desierto...), según el momento, el lugar y la moda. En realidad, a juicio de Bailly, “según estas premisas, todo estudio geográfico consiste en una representación del mundo, que toma su sentido gracias a la clarificación de las ideologías privilegiadas y de la problemática escogida” (Bailly, 1995: 375).

⁷ Película franco-colombiana de Barbet Schroeder, estrenada en 2000 y basada en la novela *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo.

En este sentido, este ensayo ubicado entre la geohistoria y la geoficción propone a sus lectores un verdadero itinerario científico, un itinerario estructurado en torno de un objeto (la ciudad), una temática cruzada (vulnerabilidad social y justicia espacial), un problema (las representaciones), una disciplina (la geografía). De México a Coruscant, pasando por León, Angosta o San Juan Parangaricutiro, los seis estudios presentados aquí se completan y se explican los unos en relación con los otros. Toda la cuestión consiste en saber lo que queda de las ciudades cuando, incluso para sus habitantes, ya no son sino meras palabras e imágenes a veces completamente desconectadas de la realidad...

Bibliografía

- Asimov, Issac. (1999). "Prélude à Fondation". En: *Le Cycle de Fondation, I: Le Déclin de Trantor*. París: Ómnibus.
- Bailly, Antoine. (1995). "Les représentations en géographie". En: Antoine Bailly, Robert Ferras y Denise Pumain (Dir.), *Encyclopédie de Géographie*. París: Economica.
- Braudel, Fernand. (1990). *La Méditerranée au Temps de Philippe II*. Tomo I. París: Armand Colin, Livre de Poche.
- Davis, Mike. (1992). "Beyond Blade Runner. Urban Control: The Ecology of Fear". *Open Magazine*, Pamphlet series núm. 23, Westfield, New Jersey, Open Media. En: <http://www.huzzam.com/etext/davmurbancont/> [Septiembre 4 de 2008].
- Gibson, William. (2005). *Tomorrow's Parties*. París: J'ai Lu.
- Gottmann, Jean. (1961). *Megalopolis. The Urbanized Northeastern Seaboard of the United States*. Nueva York: The Twentieth Century Fund.
- Hoggart, Richard. (1998). *La Culture du Pauvre*. París: Éditions de Minuit.
- Lepetit, Bernard. (1988a). *Les Villes dans la France moderne (1740-1840)*. París: Albin Michel.
- _____. (1988b). "Les Représentations de la ville. Pour Quoi Faire?". En: François Walter (Ed.), *Vivre et imaginer la ville, XVIIIe-XIXe siècle*. Genève: Zoé.
- Luceno, James. (2006). *Dark Lord: The Rise of Darth Vader*. Nueva York: Ballantine Books.
- Malte-Brun, Conrad. (1831). *Précis de la Géographie Universelle*. Tomo I. París: Aimé André Éditeur.
- Musset, Alain. (1992). *El agua en el valle de México. Siglos XVI-XVIII*. México: Pórtico de la Ciudad de México y Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- _____. (2002). *Villes nomades du Nouveau Monde*. París: EHESS.
- _____. (2005). *De New York à Coruscant. Essai de Géofiction*. París: PUF.
- Rousseau, Jean-Jacques. (1969). *Émile ou de l'éducation*. París: NRF, Bibliothèque de la Pleiade.

Silverberg, Robert. (2000). *Les Monades Urbaines*. París: Le Livre de Poche.

Trochet, Jean-René. (1998). *Géographie Historique: Hommes et Territoires dans les Sociétés Traditionnelles*. París: Nathan.

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA